

Nº 2657 / CS 65

"EL CHILENO"
SANTIAGO, 13 DE JUNIO DE 1907

A LOS OBREROS

Terminada ya definitivamente la gran huelga de los obreros de las Ferrocarriles y de los gremios solidarios, enfocados por el buen sentido de los trabajadores, los comités que subsiguientemente se han hecho para que abandonaran nuevamente sus tareas, tranquilizados, en fin, los ánimos de todos, es posible consignar algunas ideas que nos sugieren los hechos producidos y la observación de los distintos fenómenos económicos y populares que se verifican en estos momentos.

Vamos a hablarle a la clase obrera. Hasta aquí les hemos hablado a los patrones y a los poderes públicos con toda franqueza y sinceridad, haciéndoles ver los deberes que tienen que llenar para con los obreros; hoy, con la misma franqueza y la misma sinceridad, vamos a dirigirnos a estos últimos para recordarles los deberes que a su vez tienen para con la sociedad en que viven, para con la patria, para con ellos mismos.

Es el obrero defendiendo los intereses del pueblo; pero no bataga las pasiones ni los vicios del pueblo. Y hacemos muy mal en castigarlos cuando se trata de estos vicios, si bien, cuando se trata de los errores y los vicios de los gobernantes y de las clases altas. No sería de patriotistas honrados y conscientes de su elevada misión.

Es un hecho que nuestro pueblo, con impetuosos sin límites, no ha avanzado mucho en el camino de su felicidad, porque, aparte de las causas económicas a él ajenas, no ha avanzado tampoco gran cosa en el camino de su perfeccionamiento. Podríamos decir que los obreros no saben más, pero no son mejores que antes. Solo un corto número, solo los escogidos han logrado sustraerse al dominio de los vicios y las malas pasiones. La inmensa masa sigue siendo beberrón, informal, amigo incorregible del San Lázaro. Qué decimos! El calendario de la borrachera comprende ahora el San Mateo, y para muchos el San Miércoles. Esa es la verdad, la triste verdad.

Y este funesto vicio, que es y será siempre causa de ruina y miseria tanto física como moral en el pueblo, que se levantará siempre como principal obstáculo para la consecución de sus altos destinos, este vicio, decimos, no tan solo daña enormemente los intereses de la industria y la producción nacional, sino que constituye la causa principal del malstar económico que padece el pueblo. Hoy los obreros ganan más, pero hacen más y trabajan menos. Así ¿cómo no experimentar en grado superlativo la crisis que a todos nos afecta? Los mayores jornales han ido a la taberna; pocos, muy pocos habrán ido a la Caja de Ahorros, a servir de segunda reserva para el porvenir.

Da pena ver cómo nuestros obreros se inician desde temprano en el vicio. Antes de aprender a trabajar, ya saben emborracharse. Cualquiera que se detenga a observar una cantina los sábados por la tarde, podrá ver al lado de los maestros a los jóvenes aprendices que empujan el caldo hasta rodar por el suelo. Esos muchachos de 10 años, imberbes, flores de juventud, quieren probar que son hombres. Hay en nuestro pueblo la absurda idea de que para "ser hombre" hay que ser vicioso. Por consiguiente, mientras más vicioso más hombre. Por eso el niño se esfuerza en beber hasta más allá de lo racional; y por eso procura sobrepasar en las demás formas del vicio y la corrupción. ¡Hay que ser hombre!

Mientras esta hábito domine a nuestros obreros, no medrará jamás ni aun en las situaciones más propicias. Por muy altos que sean los salarios, siempre andará pobre y arruinado, miserable su hogar, harapientos su mujer y sus hijos. Qué contraste con los extranjeros! Observémoslos hoy mismo. Llévan a nuestras ciudades pobres, desconocidos, casi andrajosos. Es el hambre, es la miseria la que los trae acá los ha empujado. ¿Cuánto apostamos a que uno tendrá almacén, el otro pondrá un taller, el de más allá adquirirá una casa, aquel se hará comerciante, todos en fin tendrán algún capital más o menos cuantioso? ¿Cuánto apostamos a que estos inmigrantes, que hoy desprecian la lástima, la conmiseración o el desprecio de los trabajadores chilenos, después parecerán sus patrones, y de hecho muchos llegarán a serlo efectivamente?

Y sin embargo, ninguno de ellos es más inteligente, ni más apto, ni más fuerte para el trabajo que el chileno. Pero son más sobrios. Tienen un concepto distinto de la vida y del trabajo mismo. Saben que la peor esclavitud es, no la esclavitud del trabajo, sino la de los vicios. Ellos quieren ser independientes, y lo consiguen por medio del ahorro y la previsión, al paso que los chilenos seguirán vociferando contra la esclavitud del trabajo que no existe, y padeciendo la verdadera y ominosa tiranía del alcohol.

La mente se entristece más aun, si pensamos que también la mujer está siguiendo la senda del alcoholismo. ¡La mujer! También hace San Lázaro. Preguntad en las fábricas, y sabréis que en cada día sale el 60% del personal femenino; el resto se queda remolando o pasando los efectos de la borrachera del Domingo.

¿Qué queda ya sano en el pueblo? Si se emborracha el hombre y se emborracha la mujer, ¿cómo saldrán esos niños? ¿No es verdad que, al considerar esto, se siente un secreto terror por el porvenir? No es verdad que a este paso nuestro pueblo será superlotado por otras razas?

¡Hay que salvar al pueblo! ¡Hay que salvar al pueblo! ¡Hay que salvar al pueblo! Pero que haga también el algo en este sentido, que ponga algo de su parte. Estas sociedades de resistencia que no parecen hechas sino para exaltar a los proletarios sobre las demás ramas sociales, levánten bien en predicarles a los gremios obreros un poco de abstención, de moralidad, de previsión, de seriedad. La organización social es defectuosa; los patrones son a las veces malos; pero convengamos en que los obreros, nuestros obreros no son unos ángeles. Bien está que a las veces los exijamos más humanidad, más equidad y más justicia; pero también exijamos de los otros que se porten mejor, que trabajen más y falten menos. Si predicamos a los de arriba, fuerza es predicar también a los de abajo.

Y dignos para concluir, les pediremos por su propia bien, por su propia salvación. Nuestro pueblo se pierda; el alcohol, los vicios, la imprevisión, el desorden, lo alejarán como una marea que sube. Tendrán que irse a buscar a los otros que por sí mismos interesan; pero que acuda a ellas, que se unan nuestros esfuerzos. Lo contrario, sería que se hundiese de puro porfado.

El temporal en Valparaíso

PERJUICIOS EN LA BAHIA

DESGRACIA EN TIERRA

La lluvia nuestra se transformó en Valparaíso en un soberbio temporal que hasta ayer tarde tenía paralizado el movimiento de estibaje.

Desde la media noche del Miércoles arreció el norte en forma amenazadora levantando enormes masas de agua que iban furiosas a volcarse en el muelle.

En general las calles de la ciudad han quedado convertidas en enormes lodazales y el tráfico de los transeúntes a pie ha sido dificultoso.

El servicio de tranvías se ha hecho sin grandes entorpecimientos aunque con escaso número de carros, que durante todo el día se vieron conduciendo verdaderos racimos de pasajeros.

El tráfico a Vía del Mar tuvo un sinnúmero de accidentes, derribos, desviamientos, etc., por lo que se hizo en extremo dificultoso y molesto a los viajeros que, en algunas ocasiones, tuvieron que esperar hasta cuatro trasbordos.

Las embarcaciones menores, auxiliadas por la brigada de salvavidas de la Gobernación Marítima, pudieron amarrarse firmemente a sus boyas y evitar así un seguro deterioro.

Por el muelle de pasajeros se sacaron a tierra en la mañana algunos botes y chalupas destruidas y otras que andaban al garete. En el temporal de anteañoche, en que se fue a pique el remolcador "Morros", prestó muy eficaz auxilio el crucero "Chacabuco".

Según nos comunicó el comandante de esta nave, capitán de fragata señor Fuenzalida, inmediatamente que vio el peligro en que se encontraba el "Morros", ordenó arriar el bote salvavidas en su auxilio, pero, desgraciadamente, debido al fuerte oleaje el bote se llenó de agua y se fue a pique con sus trece tripulantes que salvaron de una manera poco menos que milagrosa.

Queremos dejar constancia de esta hermosa acción, que casi cuesta la vida a trece marineros de la nave, a los cuales felicitamos muy de veras, como así mismo al señor Fuenzalida que ordenó una maniobra que significaba la salvación para los tripulantes del vaporcito que naufragaba.

A las 5 de la tarde de ayer se produjo, a consecuencia del derrumbe de un pretel, una lamentable desgracia en el término de la Avenida de las Delicias, al pie del cerro del Molino.

En unas pobres habitaciones de propiedad de Juan Garibaldi, vecino del cerro nombrado, casa número 68, vivía desde hace largo tiempo una familia de trabajadores y Petronila Letelier y de Mendoza, de 50 años de edad.

La familia es compuesta de Guillermo Castro, su esposa Juana Almaraz y tres niños de corta edad.

A la hora citada se encontraban todos en la casa y Castro y su familia han salvado, puede decirse, milagrosamente.

Un pretel que estaba casi encima de la casa había sufrido serios deterioros a causa de las últimas lluvias y ayer el suelo reblandecido no pudo soportar su peso y cedió, cayendo sobre la casa de Castro.

La casa, de construcción livianísima no pudo soportar el peso del pretel y se hundió, aplastando a sus desgraciados moradores.

Después de rudo trabajo se consiguió salvar ileso a Guillermo Castro, su mujer y sus hijos. Pero no sucedió así con la anciana Letelier que pereció aplastada.

Su cadáver, horriblemente desfigurado, se envió al hospital de San Agustín.

El Chileno
15-6-07